



La víctima inédita

José Luis López Bravo

Eran momentos difíciles para Rafa. Estresado, a pesar de estar recostado de la hamaca bebiendo su café frío, pensaba en Raquel. Había olvidado la última vez que charlaron. Perdió el conteo de las veces que presenció el semblante perdido y el llanto inconsolable de la señora, pues sus dormitorios compartían más que solo una pared. Mirando hacia el techo de madera, Rafa intentaba recordar qué le había ocasionado tanto dolor, pero siempre fracasaba.

El mismo frío que reinaba cada noche, lo despertaba cada mañana. El joven recibía el nuevo día con intensos deseos de calor, pero ya era costumbre despertar arropado entre nubes oscuras y soledad. Abrió los ojos, vio los vagos intentos solares de esclarecer su cuarto, y pensó: – “Sol, la mujer que me dio la vida me evita, que lo hagas tú es poca cosa.”

Transcurrió un mes y Raquel cesó su llanto. Desde entonces, llovía durante todo el día y toda la semana. Parecía que su madre había hecho un trueque con las nubes: ella dio el pozo insondable, fuente de sus lágrimas, y las nubes le pintaron el rostro con su color pálido. Era una muerta andante, una autómatas metálica y fría.

Rafael se levantó de la cama de un golpe, buscó su chaqueta gruesa y, tendiéndosela en el hombro derecho con veloz agresividad, fue al baño para mojarse el rostro. Abrió la puerta que daba con la vista a la marea altanera chocando con los peñones y suspiró. La lluvia no era intensa, pero sí suficiente como para obligarlo a inclinar su cabeza. Comenzó su caminata hacia el muelle de madera, ya que era ahí donde solía intentar analizar sus emociones y tratar de revivir recuerdos lejanos.

Bautizó a este lugar como su refugio desde que la lluvia incesante y la soledad hicieron crecer raíces en él. La vista al mar, aunque bravo, lo ayudaba a concentrarse en su tarea de recordar. Ese muelle era lo único familiar en su cotidianidad, solo porque era constante en sus días. Iba llegando al muelle, cuando su vista periférica le avisó de la presencia de otro individuo en su lugar sagrado. Sintió un frío extraño en su estómago y su corazón latió con intensidad notable. Luego de diez estresantes segundos sintió la obligación de acercarse al hombre sentado al extremo final del muelle.

Caminó hasta reducir el tramo entre ellos a dos metros y preguntó: – “¿Quién eres?”

El hombre giró su cabeza apartándola de la vista marítima y, levantándola sutilmente, lo miró a los ojos. Un inesperado bigote negro, grueso y descuidado, atrajo su mirada inicial. Luego vio los párpados arrugados en sus ojos pequeños que suscitaban curiosidad y su cabello rizado. Parecía tener más de sesenta primaveras. Llevaba puesto un Barbour impermeable, una camisa negra gastada, adornada por su barriga voluminosa, y un pantalón largo caqui. Rafa, luego de su escaneo visual instantáneo, solo recibió una carcajada como respuesta a su interrogante.



El tumulto que causaban las olas aumentaba con la lluvia, la brisa constante y la respuesta burlona del hombre. Pocos segundos después, inespablemente, el hombre replicó: – “Me llamo Samuel.”

“¿Qué haces aquí?”, – preguntó Rafa entre confundido y extrañado.

– “Lo mismo que tú. No eres el único maldito con esta tortura.”, dijo el intruso mientras un aura de tranquilidad despegaba de su boca con cada palabra.

La evidente serenidad de Samuel fue alarmante para Rafa. ¿Acaso este hombre había sido condenado a sufrir? ¿Qué delito había cometido entonces para ser sometido a tal condición? ¿Le esperaba lo mismo?

De repente, un pelícano voló cerca de ellos. Ambos observaron su breve viaje previo a recoger sus alas y disminuir altura en su intento de pescar. En el instante que el ave se sumergió con brusquedad, el hombre preguntó: – “¿Aún no te ha dirigido la palabra?”

La pregunta turbó a Rafa y sintetizó una leve desesperación que lo obligó a preguntarle nuevamente: – “¿Quién eres, Samuel?”

– “Es de mala educación responder una pregunta con otra pregunta. Además, ya te respondí. Soy Samuel.”

– “Bueno, Samuel, a mí me enseñaron a no preguntar sobre lo que se aprecia a simple vista. Por alguna razón extraña sabes que mi madre no me habla, así que deja los rodeos y dime.”

El barrigón soltó otra carcajada y dijo: – “Tu madre te enseñó bien.”

Samuel colocó su mano derecha en el borde de la madera donde estaba sentado para tomar el impulso necesario y levantarse. Logró erguirse, aunque con dificultad, y comentó: – “¿No ayudas a este viejo? Bueno, supongo que eso es culpa mía.”

– “¿Nos conocemos?”, soltó Rafa.

– “Yo sí te conozco, aunque tú, a mí no. Me temo que eso también es mi culpa.”

– “Te gustan los acertijos, eh. Anda, Samuel, habla ya. Estoy cansado, hace mucho que no sale el Sol.”

Mientras entrelazaba sus manos y evitaba la mirada fija de Rafa, Samuel objetó: – “Debes lograr comunicarte con Raquel, es la única manera de escapar.”

– “Imposible, ella me evita.”

– “¿Te rindes tan pronto, Rafael?”

Le parecían curiosas las réplicas provocativas del barrigón, pero le contestó con repugnancia: – “Hablas demasiado y no quiero otro dolor de cabeza.”



Entonces, se giró y comenzó a caminar en dirección a la salida del muelle. Las manos en los bolsillos de su pantalón y sus pisadas ruidosas, intensificadas por el choque entre las suelas anchas de sus botas y las tablas, demostraban el descontento del joven. Justamente cuando llegaba al final, Samuel gritó desde el extremo opuesto: – “¡Espera!”

Rafael detuvo su marcha y vio al entrometido visitante de su muelle en su intento vano de correr. No pudo evitar una risa, que apenas contrajo un par de músculos en su rostro, y sintió vergüenza por burlarse de la desgracia de aquel viejo desconocido.

El barrigón llegó fatigado, con el jadeo de un fumador profesional. Se sostuvo sobre sus rodillas para estabilizar su respiración y dijo: – “Me desgarran el corazón lo que debo decirte, pero este es mi deber.”

La abrumante pasión del extraño le provocó un repentino dolor de cabeza que fue aumentando con el paso de los segundos. Rafa cerró con intensidad e inconsciencia sus párpados y sintió cómo se humedecían sus ojos. Cubrió su rostro con sus manos y cayó tambaleándose en las tablas podridas. Sus ojos continuaban cerrados. La fuerza que lo había mantenido erguido hasta este preciso instante se había evaporado. Entonces escuchó el murmullo. Por extraña casualidad, la voz lejana lo mantuvo consciente. Su visión aún estaba borrosa cuando pudo distinguir una silueta oscura que extendía un brazo hacia él. Apretó los dientes y extendió su brazo, buscando a ciegas la salvación que necesitaba, y sintió el agarre de una mano enorme.

Era él, Samuel. Rafa se levantó de un salto, a pesar de haber rozado un desmayo.

– “Tú no perteneces a este lugar, debes salir de aquí ahora”, dijo Samuel dirigiéndolo a la casa de la madre.

– “¿A dónde me llevas?”, preguntó exhausto Rafa.

El barrigón continuó su paso agarrándolo por el antebrazo e ignoró la pregunta hasta llegar al extremo frontal del hogar de Raquel, donde había un ramo de flores secas junto a una cruz blanca clavada sobre la grama.

Entonces Samuel giró con brusquedad a Rafa y lo agarró por ambos hombros mientras suspiraba tembloroso con la cabeza baja.

– “Alegre y verde, Rafael, alegre y verde es el mundo por encima de mi tumba. Ahora, entra a tu hogar y recuérdaselo a tu madre.”

Luego de dos palmadas en el hombro izquierdo, el viejo le sonrió con lastima y le dio un gran empujón para que cruzara la calle. El joven se tropezó y cayó desorientado sobre los adoquines. Cuando despertó, el extraño ya no estaba allí. La calle estaba desolada y el cielo forrado de nubes casi negras. La escampada le causó confusión y la impresión fue tanta que olvidó completamente la desaparición repentina de Samuel. Seguía tirado en el piso, mientras miraba a su alrededor en busca de algún signo de lluvia torrencial. No caía ni una gota de agua. De repente, escuchó el llanto de Raquel y se incorporó.



Rafa corrió hacia la puerta principal, pero frunció el ceño al detenerse para mirar nuevamente al cielo oscuro. Entró a la casa y vio todas las bombillas encendidas. Continuó persiguiendo el sonido del llanto por el primer pasillo lleno de cuadros pintados y fotografías en blanco y negro enmarcadas. Agarró la manija de la puerta y cuando la giró, desde el inicio del pasillo un dalmata adulto comenzó a ladrarle con furia y con sus patas en posición de ataque. El joven se acercó caminando con lentitud, con los brazos a media distancia y las manos abiertas. Pensó que, aunque se defendiera del animal, al menos se llevaría una buena mordida.

Se abrió la puerta detrás de él, pero solo salió la voz solloza de Raquel diciendo: – “Cállate Sammy, estoy cansada.” Entonces el manchado se alejó cabizbajo y en llanto perruno. Dándose vuelta, mientras pensaba en la fortuna del suceso, miró de reojo un bigote grueso. Se detuvo en seco y observó una de las fotos del largo pasillo. Ahí estaba Samuel junto a una niña con el rostro infantil de su madre.

– “¿Por qué permites esto, Dios?”, exclamó Raquel desde su cuarto.

Rafa se posicionó a un solo paso de entrar al cuarto, a un solo paso de ver a su madre cara a cara. Entró y la halló a oscuras en la habitación. La luz tenue que entraba por las ventanas le permitió identificarla en el suelo recostada de la pared. Más lágrimas humedecían los cachetes de aquella mujer devastada y callada. Aparecía el rojo vivo del cigarro, mientras ella contemplaba con sus ojos vacíos las dos llaves de auto sobre la mesa de noche. De nuevo, aliviando un problema mientras posponía dos, condujo el cigarro a su boca.

Raquel se levantó y caminó en dirección a la mesita. Recogió dos papeles que estaban debajo de las llaves. Buscó reflejar estos con la poca luz que había y así pudo observar las fotos de Samuel y Rafael. El bigotudo aparecía como reliquia en una foto con tono amarillo; Rafael aparecía recreando la pose de la otra foto.

– “Maldito alcohol”, dijo ella.

Cerró el puño con ambas fotos dentro de este, las lanzó desde la ventana y volvió a recostarse de la pared.

Estupefacto y parado desde la puerta, Rafa observó en silencio lo ocurrido. Caminó hacia ella y agachándose le comentó: – “Alegre y verde, mamá, ...”

La señora golpeó con rabia la puerta del closet a su lado. El movimiento que provocó hizo caer desde lo alto del closet una carta. Rafa la reconoció al instante. Era la carta de cumpleaños que le había dado a Raquel, justo antes de partir hacia una fiesta con sus amigos.

La carta estaba cerrada. Raquel removió las lágrimas de su rostro con sus manos, la tomó y procedió a abrirla. Sonrió al identificar la letra de su hijo. Entre palabras bellas de celebración y buenos deseos, la carta finalizaba con las palabras: – “Alegre y verde, mamá, alegre y verde será el mundo por encima de nuestras tumbas. Gracias por enseñarme a ser feliz sin remedio.”



La madre contagió al hijo con su sonrisa. La señora continuaba sonriendo, pero sus lágrimas caían al mismo paso.

– “Ay, Rafael, te daré un abrazo inmenso cuando te vuelva a ver.”

En ese momento, el hijo comprendió que las lágrimas de su madre ya no cargaban tristeza. Sereno, tomó las llaves de su auto y caminó hacia la salida hasta que la oscuridad cubrió poco a poco su vista.